

La apariencia, un prejuicio que condena...

Jorge Pedraza

D.N.I. 22.798.110

E.D.J.A E.G.B. N° 4 "Fragata Libertad"

Río Gallegos

Santa Cruz

Mi nombre es Jorge Pedraza y soy Profesor en Ciencias Jurídicas y Contables. La experiencia que voy a relatarles se desarrolló en una escuela nocturna de la localidad de Río Gallegos, Provincia de Santa Cruz. En esta Ciudad se denominan Escuelas de Jóvenes y Adultos, que con el paso del tiempo se fueron transformando en contenedores de alumnos que fueron expulsados de las distintas escuelas diurnas de la localidad por diferentes problemas (aprendizaje, conducta, etc.). Específicamente la experiencia se desenvuelve en el noveno año del tercer ciclo de la E.G.B. N° 4 "Fragata Libertad". La edad de estos alumnos ronda entre los 16 y 19 años y el espacio curricular a mi cargo era el de Formación para el Trabajo.

Hace algunos años me encontraba trabajando en esta escuela, empezando un nuevo año con todas las ganas de poner lo mejor de mí. Al comienzo del ciclo lectivo la relación entre los alumnos y yo fue de estudio mutuo para tratar de ir conociéndonos poco a poco; ellos tirando de la soga como probándome para ver hasta donde resistía y yo, por supuesto, haciendo lo mismo como para tratar de marcar los límites. La eterna lucha de todo profesor y alumnos al comienzo de un nuevo año y con un nuevo grupo. Allí es donde se encontraban aquellos alumnos que querían sobresalir como los mejores y otros que, como siempre, trataban de sobresalir por ser los peores o los más pillos. Es acá donde empieza mi relato o, podría decir, mis penurias.

Entre el grupo de los alumnos pillos se encontraba el "negro", para sus amigos y compañeros de aula. Voy a tratar de describirles un poco a este alumno. A simple vista se podría decir que era un alumno normal (como si la sola apariencia de una persona nos dijera si es buena o mala) con rasgos propios de un chico de su edad; el típico chico de propaganda de chicles bazooka: gorra con la visera cruzada, aritos, etc. Casi me olvido: el infaltable "chicle" en la boca, la mirada sobradora de no-me-

preguntas-nada-porque lo-sé-todo, y en clase lo hacia notar. Era el alumno que tenía las respuestas para todo, excepto las de la materia.

En el aula jamás escribía un apunte de nada, y si uno le llamaba la atención lo único que lograba era empeorar el ambiente del curso. Este chico provenía de una escuela diurna de la zona, de la cual fue expulsado principalmente por problemas de conducta. Además era un chico demasiado disperso e hiperactivo, dificultándose al extremo llamar su atención. Por supuesto que no tardó mucho en convertirse en el “negro” para mí también. Durante todo el año centré mis fuerzas y energías para tratar (y debo confesarlo con vergüenza) de no odiarlo.

Volvía todos los días a casa y desempolvaba mis apuntes sobre pedagogía y de cómo trabajar con la diversidad (diversidad: diferencia, variedad.// Abundancia o concurso de cosas distintas). Se imaginarán ustedes lo difícil que puede resultar trabajar con la diversidad después de esta definición. Seguramente se les deben estar ocurriendo un montón de ideas y de estrategias que ustedes utilizarían en mi lugar. Antes de seguir mi relato les puedo decir que si esperan encontrar la receta mágica en estas líneas porque a alguien le está pasando algo similar, se equivocan, porque como dice Jorge Larrosa (pedagogo español): “...en pedagogía no existe un solo camino o el camino verdadero; la solución para uno no siempre es la solución para el otro...”

En estas circunstancias, leía y releía esta cita como tratando de encontrar en esos papeles la solución a mis problemas de aula. ¡Qué fácil se hace en la teoría!. No podía contenerlo, no encontraba la forma de que me prestara atención aunque sea un momento.

Ustedes se preguntarán ¿Qué hacía yo para solucionar este caso? Al igual que todos trataba de sacar las mejores estrategias pedagógicas. ¿Qué tipo de estrategias? Las estrategias operativas que nos enseñaron los “manuales”: trabajos grupales e individuales de investigación y observación con los soportes informáticos provistos por la escuela, el uso de videos (muchas veces él buscaba las películas que quería ver), los hacía trabajar fuera del aula (con trabajos de campo como encuestas), buscaba la forma con algún colega de llevarlos al centro cultural de Gallegos ni bien nos enterábamos de que había algo interesante. ya sea con algún tema específico de mi área o no, ya que el problema no era solo mío (creo que lo digo como un consuelo). Busqué ser su amigo (¿quién no lo hizo?), lo

ponía en el rol de secretario: si llevaba fotocopias, él las repartía; si se trabajaba en grupo él elegía el suyo. Creo que lo único que me faltaba era llevarle una manzana.

Agoté todos mis recursos y no lograba nada; cada vez se alejaba más de mí. Llegué a pensar que tenía algo en mi contra. Hacía lo posible por boicotarme la clase al ser el cabecilla del grupo. Los demás alumnos lo seguían en sus travesuras: si me daba vuelta para escribir en el pizarrón, me llovían las tizas, me silbaba, emitía sonidos raros, etc., etc., etc.

Como alumno, en lo pedagógico, se puede decir que era bueno. Tenía un gran poder de comprensión e interpretación de textos (cuando los leía), no presentaba problemas a la hora de relacionar conceptos, etc. Cuando él trabajaba, no había problemas con la clase debido a que faltaba la persona que agitara a los demás alumnos (agitar: término utilizado por los chicos para referirse a la persona que promueve el desorden o el caos).

Para ser más claro, a esa altura él me había declarado la guerra. Si soy sincero, “yo” le había declarado la guerra también. NO podía verlo, ni quería verlo. Era feliz con el solo hecho de saber que había faltado a clase, que ese día no lo vería (sé que es feo lo que voy a contar, pero me irritaba su sola presencia).

Un día, sin ir más lejos, voy entrando en el establecimiento y el “negro” se me acerca con su sonrisa burlona y, como siempre, tratando de hacerse el vivo. Cuando me da la mano para saludarme, con una rapidez típica en él, me arrebató del bolsillo de la camisa un caramelo y yo, tratando de ser un poco más rápido que él, le agarro la mano y lo increpo a que me lo devuelva. La situación se puso tensa, puesto que él “no” estaba dispuesto a devolverme mi caramelo y yo, “no” estaba dispuesto a dárselo. Paso por mi cabeza la terrible idea de pelearme con él (sí, de pelearme a golpes de puño con el alumno). Ustedes se preguntarán: ¿todo eso por un caramelo?; no era un caramelo sino todo un año de venir aguantando y creo que exploté justo ese día. Yo no soy una persona violenta, pero ese día no sé que me pasó. Era el día del acto de fin de año donde a los alumnos se les entrega el diploma de egresados, y nosotros en la puerta mirándonos como dos perros salvajes a punto de comernos a mordiscos. Algo hizo clic en nuestras cabezas y desistimos de esa terrible idea.

Algo dentro de mí explotó porque, a pesar de todo, durante el acto no podía dejar de pensar en ese momento. Creo que la violencia se había apoderado de mí. Para desgracia, el acto no terminaba y

me parecía eterno; pero el “negro” todavía tenía algo para mí, porque él siempre tiene algo más, siempre tiene la última palabra. En el momento de la entrega de los diplomas el “negro”, sin que esto pudiera caber en mi imaginación, había elegido a Pedraza Jorge para que le entregara el diploma de egresado. Sí, yo, quien escribe, el que minutos antes lo quería boxear en la puerta del establecimiento, él que siempre le ponía malas notas, él que no podía ni verlo porque no lo soportaba.

¿Saben una cosa? Hay algo que yo nunca había tenido en cuenta: el “negro” era una persona, y también tiene nombre, Carlos. Yo había cometido un error: jamás le pregunté si tenía algún problema, si necesitaba algo. También es cierto que no soy asistente social, soy simplemente un docente, pero antes que nada soy un ser humano que podía extender una mano.

Este chico me enseñó algo que ni los mejores profesores, ni los mejores libros o manuales sobre pedagogías te enseñan jamás, y es que detrás de todo alumno hay un ser humano que piensa y siente igual que vos, al que también le pasan cosas, que no tiene prejuicios como yo, o como la mayoría de nosotros, que si no sirve para uno o dos profesores de los llamados “buenos o experimentados”, es suficiente para que no sirva para los demás, para que lo rotulemos de mal alumno, para hacerlo cargar con un estigma que nosotros mismos le ponemos y que año tras año se hace más grande. Esta vez me equivoque; hoy puedo decir que el aprendizaje “significativo” lo tuve YO. Creo que si no hubiera sido por Carlos, jamás me hubiese dado cuenta de que la clase no empieza y termina sólo en el aula, con el toque de timbre de entrada y salida. Que si uno busca, puede encontrar otras formas de dar clases distintas de las que aprendimos en la escuela. Espero que el “negro” (perdón, Carlos) alguna vez me perdone. Yo voy a tratar de hacer lo mismo.